

Las relaciones exteriores de la nueva China

Alberto Núñez

En el número anterior publicábamos la primera entrega de este artículo bajo el título Una mirada al interior de la nueva China. Publicamos ahora una segunda entrega del mismo autor en la que, a través del análisis de las relaciones de la nueva China con el Tibet y el Vaticano, se descubren una serie de contradicciones graves en las que incurre el régimen chino en su presunta modernización. Si bien la UE ha apostado por apoyar la celebración de la Olimpiadas en Beijing en 2008, como un acontecimiento capaz de fomentar por sí mismo cotas mayores de libertad, finalizadas las Olimpiadas ¿quién y cómo evaluará si la apuesta ha resultado positiva o si por el contrario ha contribuido a refrendar las grandes contradicciones de la nueva China?

El caso del Tibet

El trágico caso de Hu Jia sucede apenas a cuatro meses de las Olimpiadas y sólo pocas semanas después de la violenta represión de las manifestaciones en el Tibet por parte del ejército, que ha dejado un reguero de muertos (140), y la mayoría nativos tibetanos, según las estimaciones del gobierno tibetano en el exilio, y 22 (y casi todos de etnia *han*, es decir, colonos chinos) según el gobierno de Beijing. Difícil será saberlo, cuando el régimen prohibió a los periodistas cubrir la información de los disturbios y a los turistas la entrada en los lugares donde tuvieron lugar. Ninguna organización humanitaria ha tenido tampoco acceso a la zona. El Dalai Lama ha denunciado que China está utilizando la fuerza bruta para conseguir

estabilidad y paz. Construir una «sociedad armónica» es el eslogan actual de los líderes comunistas. Pero, por la fuerza, esa paz sólo puede ser superficial. «La armonía y la unidad verdaderas brotan del corazón», repite el Dalai Lama. Pero el gobierno chino del Tibet trata mal a los tibetanos, que son ciudadanos de segunda en su propio país, lo que unido a cincuenta años de ocupación militar, acompañada de la destrucción de gran parte de su patrimonio histórico y de su legado religioso, sin contar todas las víctimas tibetanas de la violencia del ejército y la policía china¹, convierten en un ideal cada vez más irrealizable el desarrollo de la sociedad armónica que proclama el régimen de Beijing.

La propaganda comunista hasta el día de hoy no cesa de reiterar que ha sido China la que ha liberado al Tibet del feudalismo, del atraso y de la teocracia de los lamas. Uno se encuentra estos argumentos impresos también en los medios occidentales complacientes con Beijing. La modernización, el desarrollo y la libertad se exhiben como los únicos objetivos del

PCC para mantener su dominio sobre el Tibet. Y junto a dichos altruistas de que aquél fue siempre parte de su integridad territorial. Las embajadas chinas en la Unión Europea han hecho durante la última crisis en el Tibet comunicados de ese cariz. Y como el público occidental conoce poco y mal la historia de China, nadie rebate en público esa monumental mentira.

El hecho es que, mientras tanto, China está amenazado de extinción el legado cultural y religioso del Tibet, país que en un par de generaciones más, al ritmo constante de la colonización china actual, puede acabar convertido en un parque temático, donde algunos nativos disfrazados de túnicas azafrán se exhibirán a los turistas que visiten en masa el techo del mundo.

En una reciente rueda de prensa (16 de marzo de 2008) en Dharmasala (India), donde reside exiliado el líder religioso desde 1959, fecha en que tuvo que abandonar su país después de una fallida rebelión tibetana contra la invasión china, afirmó que China está realizando un «genocidio cultural» del pueblo tibetano. Y solicitó que se llevase a cabo una investigación internacional imparcial acerca del maltrato chino a los ciudadanos tibetanos, a su cultura y religión. Esta información podía ser seguida por cualquier persona que sintonizara la CNN. Menos en China, donde la versión en mandarín de los informativos de la CNN (y también de la BBC) fue-

¹ Los principales recursos de Internet para obtener libre información sobre el Tibet son: El Centro Tibetano para los Derechos Humanos y la Democracia, con sede en Dharmasala, India (www.tchrd.org); la página web oficial del Dalai Lama (www.dalailama.com), y también la oficina de Free Tibet Campaign (www.freetibet.org), localizada en Londres. Otro portal especializado en Tibet es www.phayul

ron sistemáticamente expurgados cada vez que aparecía alguna noticia sobre los disturbios del Tibet. La policía informática del régimen de Beijing también ha bloqueado el acceso a los vídeos expuestos en You Tube cada vez que se mostraba alguna imagen de la represión militar de los manifestantes tibetanos. Los medios de comunicación estatales sólo mostraban una única secuencia de lo que parecen ser alborotadores tibetanos destruyendo tiendas y negocios chinos en Lhasa.

En el *New York Times* (19 de marzo de 2008) se relata cómo el primer ministro chino Wen Jiabao en su rueda de prensa al acabar una sesión del Congreso Nacional del Pueblo dijo que existía «una gran evidencia» de que los alborotadores en el Tibet estaban «organizados, dirigidos e incitados por la banda del Dalai Lama». Más tarde, ese mismo día, el portavoz del Ministerio del Interior Qin Gang decía que «lo que debería preocupar a la comunidad internacional, lo que tendría que preguntarse es qué papel, qué función, ha jugado el Dalai Lama en este serio incidente de violencia criminal que ha incluido lucha, destrozos, saqueos e incendios».

A su vez, en Dharmasala, sede del gobierno tibetano en el exilio, el Dalai Lama expresaba una incómoda verdad para el régimen chino. Felicitaba a China por reunir tres de las cuatro condiciones que se esperarían de un «superpoder mundial»: China tiene

la población más numerosa, fuerza militar y una economía que se desarrolla rápidamente. «El cuarto requisito, autoridad moral, eso es lo que le falta». Y por segunda vez en dos días, reprochó a las autoridades chinas la imposición de la «ley del terror» en el Tibet. Reiteró además su condena de cualquier hecho violento y de los ataques a la propiedad o a la integridad física de los ciudadanos chinos en Tibet. Y también mostró su disposición a dimitir del liderazgo del gobierno tibetano en el exilio si sus compatriotas recurrieran de nuevo a la violencia.

La relación con el Vaticano

El domingo 23 de marzo, el Papa Benedicto XVI, al final de su mensaje de Pascua *Urbi et Orbi*, animaba a todos aquellos que siguiendo a Jesús Resucitado «realizan en su nombre gestos de amor, se comprometen activamente por la justicia y extienden luminosos signos de esperanzas en áreas ensangrentadas por conflictos y allí donde quiera que la dignidad de la persona humana sigue siendo despreciada»².

Ya durante la Semana Santa se encontraron en las celebraciones vaticanas algunas referencias a China. Por ejemplo, el Vía Crucis del Viernes Santo en

² Puede consultarse el texto en italiano en: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/urbi/documents/hf_b-en-xvi_mes_20080323_urbi-easter_it.html

el Coliseo se meditó guiado por las reflexiones que el Papa había encargado redactar al cardenal Joseph Zen de Hong Kong para esta ocasión. En el Vía Crucis se recordaba también el sufrimiento de la Iglesia en China, en Asia y en otros lugares del mundo, pero se miraba al mundo compasivamente desde la esperanza de la experiencia pascual de Cristo³.

En el mensaje de Pascua arriba citado, y por segunda vez en menos de una semana, el Papa pedía por una pronta solución a la crisis del Tibet *«que salvaguarde la paz y el bien común»*. En la anterior ocasión, el 19 de marzo en la audiencia de los jueves, el Papa expresó públicamente su pena: *«Sigo con gran preocupación las noticias que llegan de Tibet estos días. Como padre, mi corazón experimente tristeza y pena por el sufrimiento de tanta gente»*. Y continuó: *«Que el misterio de la Pasión y Muerte de Jesús, que revivimos en esta Semana Santa, nos ayude a ser particularmente sensibles a sus situación»*. Añadió: *«Los problemas no se resuelven con violencia; sólo se agravan por ella»*. E invitó a todos los presentes a rezar con él: *«Pidamos a Dios Todopoderoso, la fuente de la luz, que ilumine las mentes de todos y de cada uno el valor de elegir el camino del diálogo y la tolerancia»*. Aunque el Papa en su apelación no mencionase a China,

su mensaje claramente se dirigía en primer lugar al gobierno de Beijing, que es el que tiene responsabilidad sobre la región del Tibet.

Después, mientras el gobierno tibetano en el exilio por boca de su primer ministro Samdhong Rinpoche manifestaba su agradecimiento al Papa por prestar su voz al sufrimiento del pueblo tibetano para que el mundo responda compasivamente, las autoridades de Beijing, por otro lado, atacaban duramente a Benedicto XVI. El portavoz del ministerio de Asuntos Exteriores respondía a la llamada al diálogo y a la tolerancia del Papa diciendo que *«la así llamada tolerancia no puede extenderse a los criminales, que deben ser castigados según la ley»*.

Los 27 ministros de exteriores de la UE ya han dicho que invitarán al Dalai Lama a Bruselas para conversar con él, al mismo tiempo que llamaban a un *«diálogo substancial y constructivo»* entre el gobierno chino y el líder espiritual del Tibet. En este caso tampoco se dejó esperar mucho la reacción de los medios estatales de Beijing que pusieron voz al *«fuerte malestar»* después del comunicado de los ministros de la UE. Y la agencia de noticias estatal Xinhua transmitió en seguida (30 de marzo de 2008) la posición del Ministerio de Asuntos Exteriores chino, a través de la portavoz Jiang Wu: *«El problema del Tibet es un asunto interno de China. Ningún país extranjero u organización internacional tiene derecho a interferir en ello»*.

³ Estas meditaciones pueden leerse en español en la página web del Vaticano: http://www.vatican.va/news_services/liturgy/2008/documents/ns_lit_doc_20080321_via-crucis_sp.html

Las relaciones exteriores de la nueva China

Esta monótona letanía de la no interferencia en los asuntos internos (incluidos los religiosos) es la que le sirve a China para seguir justificando su intervención en la vida de los distintos colectivos religiosos del país. Aunque el control (y la persecución en muchas ocasiones) de la religión les afecta también a budistas, musulmanes y a las iglesias cristianas protestantes, el caso del Catolicismo es paradigmático de la anormalidad política de China en términos de respeto a los derechos humanos.

Beijing afirma que exige dos condiciones para restaurar relaciones diplomáticas con la Santa Sede: primero, el Vaticano debe romper con Taiwán; segundo, no debe inmiscuirse en los asuntos internos de China, incluidos los religiosos. Pero como una vez respondió el Cardenal Sodano, entonces Secretario de Estado ante la Santa Sede, la cuestión de Taiwán nunca ha supuesto un gran problema para el Vaticano, pues cualquiera que conozca la historia de la nunciatura en China sabe que no fue el Vaticano quien eligió Taipei, sino el gobierno de la República Popular el que expulsó al nuncio, que primero hallaría asilo en Hong Kong y más tarde en Taiwán.

Las dificultades del Vaticano con China no son, pues, de naturaleza diplomática, sino que derivan de una situación general de limitación de la libertad religiosa por parte del gobierno comunista de China. Además se da la circunstancia de que desde

1972 el Vaticano ya no envía nuncios a Taipei, sino sólo un *charge d'affaire*, para mostrar la buena disposición de la Santa Sede con respecto a Beijing, para transferir a aquella capital —si las autoridades chinas lo permitieran— su representación diplomática «no mañana, sino esta misma noche», como declaró en 1999 el mismo Cardenal Sodano. Y en cuanto a la condición de «no interferir en los asuntos in-

*lo que el Vaticano le está
pidiendo a Beijing es que sean
los propios obispos chinos
quienes representen a la
Iglesia católica ante el
gobierno de la República
Popular*

ternos de China, incluidos los religiosos», el Vaticano (por su responsabilidad pastoral) no puede dejar de preocuparse por el bienestar y la seguridad de las comunidades católicas de todo el mundo, por eso la Santa Sede no puede desentenderse del proceso de nombramiento de obispos, para asegurar la unidad de la fe, ni dejar de reclamar la plena libertad religiosa.

A menudo Beijing se ha referido a la fidelidad de los católicos a la Santa Sede como una especie de juramento

de alianza a un estado extranjero, es decir, algo absolutamente contrario a la independencia de la iglesia china para auto-administrarse, que constituye uno de los principios de la llamada «iglesia patriótica», el sector eclesial que sigue las directrices de la Asociación Patriótica de Católicos Chinos (un organismo del Partido Comunista para controlar la religión). De modo que la necesidad de aprobación pontificia para la consagración de obispos (algo normal en cualquier otro país del mundo) es considerada por el PCC una interferencia en los asuntos internos de China. Aunque, en realidad, lo que el Vaticano le está pidiendo a Beijing es que sean los propios obispos chinos quienes representen a la Iglesia católica ante el gobierno de la República Popular, aboliendo así la injerencia gubernamental en la Iglesia a través de la Asociación Patriótica, pues es obvio que si el nombramiento de obispos es un asunto interno de la Iglesia, compete más a la Santa Sede que al PCC.

Usando una gran dosis de cinismo, la versión oficial del gobierno comunista compara la preocupación del Vaticano acerca de los católicos chinos con las pretensiones del Dalai Lama sobre el Tibet o las de los musulmanes sobre la región de Xinjiang, como si los católicos fueran a alienar parte del territorio de China. En realidad, al PCC le falta una visión moderna de la separación Iglesia-Estado y del reconocimiento de la libertad religiosa dentro del margen de la legalidad. Pa-

ra el PCC renunciar al control sobre la Iglesia (a la que no consiguió eliminar físicamente durante el maoísmo) implicaría abolir como innecesaria la Asociación Patriótica, cosa que sus funcionarios leales al Partido no están dispuestos a sufrir.

Asimismo, renunciar a manipular el proceso de nombramiento de obispos significaría perder un medio de controlar la vida religiosa del pueblo chino, y el Partido no puede permitirselo si no quiere asumir el riesgo de crear espacios de independencia de pensamiento y acción dentro del país. Porque si los católicos pueden prescindir del control del Partido, ¿por qué no los periodistas, los médicos, los jueces, los militares o incluso los políticos?

De alguna manera, el miedo del PCC a la libertad religiosa no hace sino confirmar una verdad a menudo repetida por Juan Pablo II (que en todo su pontificado no logró visitar China): «*La libertad religiosa constituye el corazón de los derechos humanos*». Es cierto: el día en que China respete plenamente la libertad religiosa, empezará a reconocer el valor de la libertad en las sociedades democráticas modernas.

Como opina uno de los pensadores chinos actuales más lúcidos, y profesor de Filosofía china en Harvard, Tu Wei-ming, constituye un serio problema en China «*la ausencia de comprensión del Tibet como universo cultural*». El autor considera que la ideolo-

gía dominante dicta que *«todo ha de ser entendido en términos del compromiso nacional por la modernización, definida en términos económicos y políticos»*. Pero Tu Wei-ming se pregunta: *«¿A qué precio? ¿Con qué estilo de vida? ¿Es esa una buena vida? ¿Qué es una buena vida? ¿Cuál es la forma auténticamente significativa de ser chinos? Entonces, la razón por la que le resulta difícil al liderazgo chino entender el Tibet es este patrón mental cientificista que marca el compromiso por la modernización y donde el Tibet se considera inmediatamente como un lugar atrasado, un caso puramente definido en términos de relaciones económicas y políticas»*.

Sin embargo, Tu Wei-ming advierte señales de que entre los intelectuales chinos de hoy comienza a crecer la percepción de que las tradiciones religiosas nos ayudan a entender qué es ser verdaderamente humano, el sentido de una buena vida. Cuando los líderes comiencen a percatarse de esto, *«comenzarán a considerar el Tibet no como simple problema político, sino como una preocupación cultural, una fuente de ideas para el florecimiento humano»*. El autor que hemos citado percibe este cambio de actitud frente a la religión como uno de los mayores retos actuales de China, y afirma que *«algunos intelectuales chinos han comenzado a apreciar su propio poder, cambiando su actitud personal e intentando desafiar, en el buen sentido, la interpretación oficial. También para extender entre los chinos la preocupación por la socie-*

*dad, especialmente los marginados y los más desamparados»*⁴.

La propuesta de Cai Chongguo

Cai Chongguo era uno de los jóvenes disidentes que se vio obligado a escapar de China para ponerse a salvo después de la represión de Tiananmen. Antes había creado el primer sindicato libre de aquel país. Actualmente, con 52 años, vive y trabaja en París. En una entrevista a *AsiaNews*⁵, Cai opina que la idea de que los Juegos Olímpicos podrían mejorar la situación de los derechos humanos en China constituye una ingenua ilusión. Los recientes acontecimientos, en concreto la brutal represión de la crisis tibetana, confirman que el gobierno chino no está dispuesto a cambiar.

Las manifestaciones en Europa también denotan el malestar de muchos ciudadanos con sus gobiernos y con una clase política que se muestra, en general, servil y timorata con respecto a China, para no interferir con los intereses que sus empresas tienen en el gran país asiático. A pesar de las amenazas de algunos líderes europeos de no acudir a la ceremonia de apertura

⁴ TU, WEI-MING, «The Complex Bridges between China and the West», en M. TOBIAS, J. P. FITZGERALD y D. ROTHEMBERG (eds.), *A Parliament of Minds. Philosophy for a New Millennium*, State University of New York, Albany, 2000, pp. 46-59.

⁵ Cf. www.asianews.it 04/07/2008

de los Juegos, en señal de protesta por la actitud poco «olímpica» del gobierno chino, los únicos que encarnan aquí el auténtico espíritu olímpico son los manifestantes detenidos por la policía. La sociedad civil y las organizaciones no gubernamentales son las que están desenmascarando la política real del gobierno chino, que predica los valores olímpicos, pero prac-

*China se encuentra polarizada
entre los beneficiados por el
sistema, la clase media urbana,
y una masa enojada de
800 millones de agricultores
que viven en precarias
condiciones, contemplando
cómo su renta sube con
desesperante lentitud*

tica lo contrario. Aunque Cai también propone líneas positivas de acción, más allá de las protestas, para ayudar a la sociedad china aprovechando este acontecimiento único de nivel internacional que se va a celebrar en su suelo. Porque algo está cambiando: dentro de China está creciendo una sociedad civil más abierta ideológicamente y más consciente de sus derechos. Cada vez hay más colectivos de estudiantes, profesores, trabajadores, jubilados, activistas de derechos hu-

manos, abogados, periodistas y otros intelectuales que reclaman al gobierno —de un modo no violento y acorde a los principios de la Constitución— la salvaguarda de sus derechos civiles, contra la injusticia y la corrupción.

Si el Occidente democrático quisiera ayudar a China debería incrementar sus relaciones no con los funcionarios o los políticos chinos (que sólo representan los intereses del PCC), sino con todos esos grupos civiles, apoyando sus iniciativas, ayudando a su formación y a su difusión para que su voz pueda ser oída en Occidente de un modo normal. También los políticos occidentales saldrían ganando si incrementasen sus relaciones con la sociedad civil más que con el gobierno chino, contra el que a veces poco valen las presiones diplomáticas. Para Cai Ghongguo ese otro diálogo civil sería el camino mejor para cooperar a una transformación positiva de China.

Los retos del futuro

Un informe gubernamental del Consejo de Estado Chino, del año 2000, pomposamente titulado *Cincuenta años de progreso en los Derechos Humanos de China*, afirmaba que «China no puede copiar el modelo de los derechos humanos de los países desarrollados de Occidente». La razón esgrimida era que «los derechos de subsistencia y desarrollo tenían prioridad». En otras pala-

bras, Beijing consideraba entonces que podría mejorar la situación, pero no a costa de la estabilidad y el desarrollo económico del país. Y este mismo argumento han venido repitiendo quienes desde Occidente consideraban una buena justificación de sus rediticias inversiones en China el optimista pronóstico de que a mayor desarrollo económico mayor sería la apertura política en China. Un argumento similar se escuchó del Comité Olímpico Internacional cuando se le concedió a China la sede de los próximos Juegos Olímpicos: redundarían en mayor apertura política y en una más decidida preocupación del gobierno chino por el respeto de los derechos humanos en su país.

Después de los Juegos Olímpicos, ¿evaluará alguien el cumplimiento o no de aquellas predicciones? Me temo que no lo harán quienes hoy se muestran incapaces de reconocer que la asunción de la economía de mercado y ascensión de China a superpoter global (y a miembro de la permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con derecho a veto) son perfectamente compatibles con la pervivencia de la dictadura del PCC sobre aquel país.

Pero en esa paradoja está también el germen de una creciente tensión. Desde que Deng Xiaoping comenzara la reforma económica de China abriendo los mercados, la profunda transformación de corte capitalista realizada en treinta años ha propiciado algo

insólito en un país que se dice comunista: el desigual reparto de la riqueza que ahonda el abismo entre la costa oriental, industrializada, comercial, boyante, y el interior rural, atrasado y pobre. De manera que el 10% de la población posee el 45% de la riqueza del país, y todavía hay un 10% más pobre que sólo puede disfrutar de las migajas que constituyen el 1,4% de la riqueza. Lo cual en una sociedad de 1.300 millones de habitantes constituye una cifra muy inquietante.

China se encuentra polarizada entre los beneficiados por el sistema, la clase media urbana, y una masa enojada de 800 millones de agricultores que viven en precarias condiciones, contemplando cómo su renta sube con desesperante lentitud (menos de la mitad del 15,7% de aumento anual de los ingresos de la clase media urbana). Esta amenaza a la estabilidad del sistema se hace tanto más patente cuanto más publicidad se hace de los fastuosos santuarios del consumo chino, en metrópolis como Shanghai, por ejemplo, donde la ostentación de los multimillonarios (cuyas fortunas pueden consultarse en las listas de Forbes) hace de aquel país el lugar de Asia donde el contraste ente los más ricos y los más desheredados es mayor.

Durante los últimos quince años, las áreas rurales donde estos últimos viven han sido largamente olvidadas por el Estado, que se ha concentrado en el desarrollo de las ciudades y las zonas costeras. El descontento y las

protestas de los marginados por el boom económico sólo encuentran delante la represión violenta de un régimen totalitario. La misma represión que sufren algunas minorías étnicas sojuzgadas, las religiones que no se pliegan a la manipulación comunista y los disidentes políticos, que desde dentro del sistema, solicitan un cambio democrático.

Un régimen que no puede ofrecer más que violencia al disidente y pobreza a los más débiles no puede llamarse socialista. «Pobreza no es socialismo», era una de las frases favoritas de Deng. Ahora millones de chinos ya lo saben. Pero ¿lo sabe Occidente? Cao Siyuan, uno de los más conocidos proponentes de la reforma política en China, es de la opinión de que «si el actual sistema político no se reforma hasta convertirse en un sistema político civilizado, es perfectamente posible que tragedias como la Revolución Cultural⁶ vuelvan a suceder otra vez». Dicho autor entiende por «sistema político civilizado» aquél en el que los ciudadanos, no el partido, son soberanos y «cualquier poder que reciban los gobernantes les es conferido por el pueblo. Los ciudadanos traspasan parte de su poder al estado para

que el estado actúe como un público servidor de los ciudadanos». El caso es que, más allá de toda la propaganda del Partido Comunista, «actualmente China tiene una constitución, pero no un régimen constitucional», afirma Cao, y añade que «si las reformas políticas no ocurren pronto para acelerar el movimiento hacia una civilización política, el problema de la corrupción seguirá y los resultados positivos de más de veinte años se echarán a perder por la rabia del pueblo y el resentimiento»⁷.

Vemos que los pensadores críticos actuales coinciden en muchas cosas con sus antepasados del siglo V antes de Cristo, como muestra la cita del filósofo Mo Ti. Quizá el reto fundamental de China no sea su desarrollo económico y su papel como potencia emergente, sino su capacidad de asumir pronto una reforma política pacífica hacia la democracia. Por el bien de sus ciudadanos y por el del resto del mundo, pues no se trata sólo de salvaguardar la estabilidad del «País del Centro», sino la del resto del mundo en el que esa gran nación está ahora integrado. Por eso los Derechos Humanos en China no pueden ser nunca más un mero asunto «interno». Nos conciernen a todos. ■

⁶ Durante la Revolución Cultural, hace cuarenta años, más de 400.000 personas perdieron la vida y cerca de un millón fueron victimizadas. Detrás de aquella injusticia y violencia estaba el PCC y su líder Mao. El PCC sigue aún en el poder y el enorme retrato del Camarada Mao sigue presidiendo la entrada de la Ciudad Prohibida.

⁷ Cf. CAO, SIYUAN, *The ABCs of Political Civilization: a Compendium of Chinese Political Reforms*, Cozi House, New York 2003. Puede consultarse también un artículo con el mismo título donde el autor resume la tesis de su libro: <http://www.cipe.org/pdf/publications/fs/cao.pdf>